

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

[Organo oficial de la Universidad Central del Ecuador]

SENSIBLE PÉRDIDA



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Doloroso es dar cuenta de la desaparición de uno de los compañeros de labor, y si esto nos ocurre siempre que nos vemos en el caso de cumplir con ese triste deber, ello resulta mucho más doloroso cuando el desaparecido es un colega ilustre, un maestro, un eximio talento y bien fundada erudición. Y esto lo decimos ahora, que deploramos la partida de uno de los miembros más ilustres de la actual Universidad, del Sr. Dr. D. **Ezequiel Cevallos Z.**, que con tanto brillo ha venido desempeñando durante cerca de veinte años la clase de Fisiología.

Muy recto, muy severo, era de la cepa de los antiguos maestros Universitarios, de aquellos que colocaron nuestro primer plantel docente en ele-

vadísimo sitio; pero, al mismo tiempo, era un profesor a la moderna, asequible a la innovación y que siempre trató de aprender, de instruirse, de estar al día en lo que a su difícil y complicada especialidad atañe, y merced a eso eran sus discípulos los que ganaban y usufructuaban, día a día y hora a hora, de la labor ardua y penosa, del sabio catedrático.

Concienzudo como el que más, escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes, fue un gran maestro, que puede servir de modelo a los que aún quedan bregando en la lid.

LA REDACCIÓN.

DISCURSOS

pronunciados con motivo del fallecimiento
del Sr. Dr. D. Ezequiel Cevallos Z.

En el momento de la inhumación del cadáver el Sr. Dr. D. Guillermo Ordóñez, en representación de la Facultad de Medicina, dijo:

SEÑORES:

Un sagrado deber me da la palabra, y he de cumplirlo, siquiera sea empapando en lágrimas la frase con que venimos a dar la última despedida, en el lugar del reposo y de la eterna calma, a los por muchos motivos venerandos restos del que fue, del que seguirá siendo para nosotros el maestro y el amigo, el inolvidable compañero.

No tengo títulos, ni mi espíritu se presta en estos momentos para esbozar la distinguida figura intelectual de quien hasta ayer la Universidad Central se ufanaba en considerar como uno de sus más ilustres profesores, y a quien, de hoy más, enlutada y entristecida, pero orgullosa, contará en el número de los que supieron honrarla y enaltecerla con sus talentos excepcionales.

Delante de una tumba, no habla sino el corazón, y las lágrimas no permiten hacer la enume-

ración completa y el respectivo elogio de los merecimientos individuales de los que hemos amado. Cuando la emoción es profunda, la palabra es forzosamente sobria, y, por lo mismo, quienes deplorando estamos la inesperada muerte del amigo y del compañero, apenas si tenemos pálidas frases con que expresar el dolor intenso que sufrimos.

Alguien dirá en ocasión más oportuna la gran valía del Sr. Dr. Cevallos como hombre de ciencia y como eximio catedrático; alguien expondrá lo trascendental de su enseñanza en el campo vastísimo de la Biología; en el cual, antes que él, justo es confesarlo, nadie entre nosotros, había osado penetrar con tanta luz en la mente, con tanta imperturbable serenidad en la conciencia.

Maestro y amigo, amigo y maestro: los que te comprendimos y supimos estimar tu valor intelectual, los que también conocimos los abrojos de que estuvo sembrado tu camino, al colocar sobre la losa que guardará tus despojos la flor inmarchitable del recuerdo, consideramos con inmenso dolor cuán difícil será que llene el claro que dejas, un talento más distinguido.

Si terminó tu misión, si en ella alcanazaste a ser notable y distinguido cuando te animó aquel concurso de accidentes que llamamos vida; hoy que vuelves al seno fecundo de la madre naturaleza, descansa en paz, noble adalid de la ciencia, que ante tus restos, dignos de todo respeto, aquí estamos proclamándote el convencido y valeroso maestro de doctrinas indiscutibles.

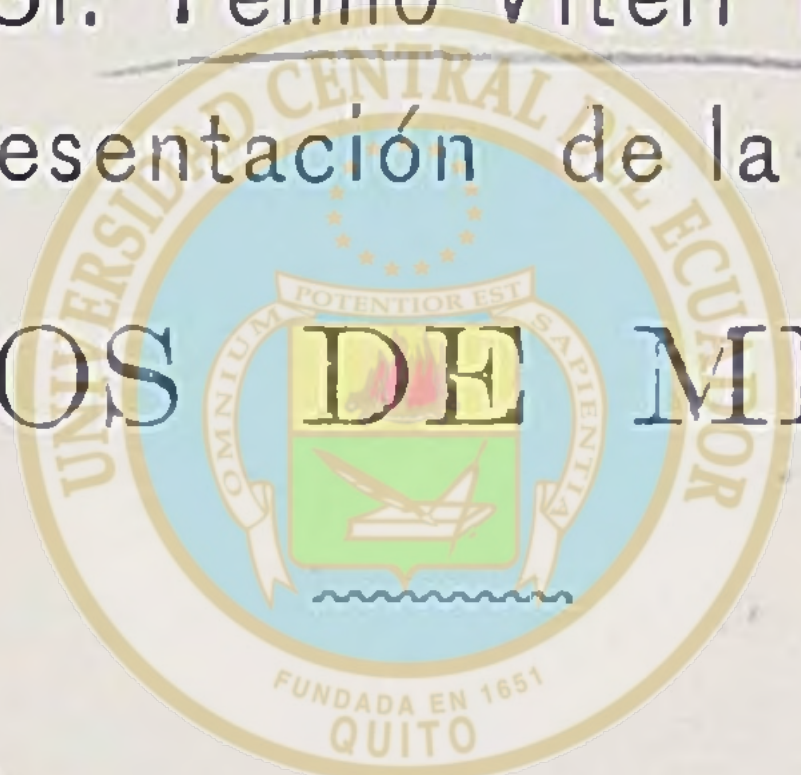
Señores: descubrámonos ante la tumba del Sr. Dr. Ezequiel Cevallos.

X DISCURSO

pronunciado en el momento de la inhumación
del cadáver del Dr. Ezequiel Cevallos Z.

X por el Sr. Telmo Viteri Lafronte
en representación de la Sociedad

“ESTUDIOS DE MEDICINA”



SEÑORES:

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Los lazos de gratitud y respeto, la voz del deber y el sentimiento de admiración, han sido los móviles para que, no obstante mi insuficiencia, os dirija mi desautorizada palabra, confiado solamente en la benevolencia de un auditorio tan ilustrado y en los justos deseos de mis compañeros de honrar la memoria del querido maestro, depositando en su tumba con un ramo de flores, el profundo dolor de nuestros pechos.

Desearía recordar al maestro en las múltiples manifestaciones de su complicada actividad, pero es tan difícil sintetizar los hechos de la vida científica de un sabio, que se siente impotente mi pobre expresión humana, y apenas quiero, en medio de la dolorosa realidad de un sueño inesperado y

de la desgarradora emoción que invade mi alma, hacer una ligera reseña de su vida profesoral.

Nada diré de los importantes servicios prestados a la Patria y a la Humanidad por el distinguido doctor en numerosas guerras civiles como militar y practicante, nada de su actuación intensa y brillante en la política liberal; pero es él indudablemente, el que de una manera directa y eficaz, logró por su iniciativa personal implantar la Clínica Quirúrgica en nuestros hospitales, como jefe de las Clínicas de San José y San Juan de Dios y como Cirujano Mayor del Ejército; consiguiendo realizar un sinnúmero de curaciones por medio del tratamiento quirúrgico, revelándose así como un operador de incomparable habilidad y precisión, como un verdadero artista.

Nombrado profesor de la Universidad Central en 1895, el doctor Cevallos traía a la Fisiología conocimientos generales que le constituían una indudable superioridad; perfectamente conocidos le eran los fenómenos físico-químicos, los secretos de Geología y Astronomía, de Botánica y Zoolo-
gía, posesionado de los confines de un horizonte ilimitado, podía estudiar desde gran altura los dominios de su especialidad, sus miradas eran más vastas, sus concepciones más elevadas; y a pesar del reducido medio científico en que vivía, pudo dar completo vuelo a su actividad cerebral, guiado únicamente por la seguridad de su raciocinio y por la lucidez de su concepción.

Individualmente, fue la personificación animada de la conciencia del saber, y, como Miguel Servet hubiera presentado gustoso y altivo su cabeza a la guillotina inquisitorial, antes que negar la verdad de sus principios biológicos.

Buffon, Lamarck, Claudio Bernard, Et. Geofroy St. Hilaire, Wallace, Gubler, Köliker, Haeckel, Huxley, Vogt y Darwin, ha muerto el continuador de vuestra grandiosa obra, el original maestro que se doblégó violentamente sobre la tierra para arrancar sus misterios y descifrar la ciencia de la vida. ¡Vosotros, le llamarías hermano!

Veinte años de profesorado constante y laborioso, ha pasado en la irradiación de su mérito, seguido de la admiración respetuosa de todos, sin una mancha en su frente ni una sombra en su dignidad. Resplandecían muchas veces en su mente las lumbraradas del genio, fue un astro que brilló con luz y ciencia propias y no con claridad prestada; la altura y grandeza de sus concepciones, traspasarán el momento actual y dominarán las generaciones.

Era en sus cursos y conferencias donde su personalidad pensante se mostraba toda entera; al hacer comprender tantos hechos interesantes e ideas nuevas, el sabio profesor, encontraba para exponerlas tal propiedad de expresión, un orden tan lógico en la argumentación y sus convicciones desarrollaba con tanto ardor y autoridad que el oyente se sentía inmediatamente conquistado por su incomparable maestría.

Tengo la felicidad de haber pertenecido a las generaciones que recibieron su enseñanza y pienso con gratitud en mi maestro, que procuró imprimir una orientación precisa en mi carrera; pero de él recibí más todavía, me colmó de su afeción, me ha conducido con su corazón por las vías en las cuales había escogido para mí las direcciones y allanado las dificultades y le quedo

unido por un reconocimiento que de ninguna manera podría expresarlo. Y cuando sentía sus fuerzas debilitarse, cuando comprendió que el gran momento había llegado, de sus labios moribundos recibí su voluntad postrera, por la cual me confiaba su obra inédita, su Tratado de Fisiología General, queriendo así al umbral de la tumba, entregarme con el adiós supremo el sello de estimación y confianza que podía serme el más querido y el más precioso.

Y es ahora delante del maestro admirado, en presencia de vosotros que recibistéis su enseñanza, que prometo consagrar en lo sucesivo todas mis energías al desarrollo, salvaguardia y prosperidad, de los grandes intereses científicos, de los cuales he recibido el depósito sagrado.

Por largo tiempo sufriremos su desaparición, en el momento de su vida en el cual, fortalecido de todo su pasado y enriquecido de todas sus adquisiciones, iba a poder, en el pleno apogeo de su potencia, contribuir más eficazmente a la propagación de su Fisiología; sentiremos sí, la falta del ilustre catedrático, pero ni su recuerdo ni sus enseñanzas se borrarán de nuestras almas jóvenes que tanto deben a él, que con sus doctrinas y sus obras, conquistará, sin duda, la gloria de la inmortalidad.

Para él, no llegará lo que justamente se ha llamado la muerte final: el olvido; sus ideas y pensamientos, continuarán influyendo en la educación científica de los universitarios quiteños que, en todo tiempo sabrán glorificar su recuerdo. Y al tener que abandonar al querido amigo y maestro amado, empapo con mis lágrimas las flores que mis compañeros me han encargado depositarlas en su tumba.

CÉSAR A. PASTOR

X NUESTROS MAESTROS

EL DR. EZEQUIEL CEVALLOS Z.

El continuo e incesante desaparecer de los hombres del escenario del mundo ha empedernido el sentimiento humano ante el dolor de la muerte. Es necesario, que el desaparecido tenga lazos que vinculen nuestros afectos, que haya deslumbrado nuestra inteligencia con nuevas y raras apreciaciones y juicios de las cosas, que nuestra voluntad haya fortalecido con sus doctrinas, o en fin que engañando nuestro egoísmo o favoreciendo nuestros intereses, haya mejorado nuestra posición, para que *sintamos* su ausencia, avaloremos y prediquemos su vida y hagamos clara ostentación de nuestro inconsolable duelo. A la muerte se le mira por lo general, con fría indiferencia: las preocupaciones incesantes conque el bullicio de los negocios o las breves horas de alegría roban nuestra reflexión filosófica, nos impiden ver el cercano tránsito o la posibilidad de llorar a un ser querido. Apenas si el dolor ajeno sacude nuestra indolencia y nos hace compadecer al huérfano o al viudo. El eterno vaiven de las olas humanas que repitiendo está en su majestuoso rumor la vanidad de la vida y lo fementido de la ilusión; el inaplazable fenecimiento de todo lo que es; el azotar continuo del huracán que se lleva las mejores promesas y frustra los más verdes brotes de juventud, apenas nos hacen vislumbrar la triunfal puerta del no ser, velada por sombras que ninguna luz ha podido desvanecerlas.

Hay en todo individuo una estoica impasibilidad ante su acabamiento. Acostumbrados a olvidar, a dejar a cada paso partes de nosotros mismos, fragmentos de nuestra personalidad, ¿qué nos va a doler abandonar en un hoyo, un puñado de materia que no supo guardar dignamente su forma durante el precario tránsito de algunos años? ¡Morir!..... Si la muerte engendra la vida; si el no ser es condición apriorística del ser; si el silencio debe ser roto por la armonía de vagidos infantiles y frescas risas de juventud. Morir!... Si el acabamiento es una de las modalidades ficticias con que se engaña nuestra conciencia, procurando redimirse de compromisos que le están hiriendo después de haberle deleitado; que le libra de imposiciones a que le obliga la fuerza de su palabra comprometida. Morir!... Cuántos no lo anhelan para poder respirar un nuevo ambiente de libertad o independencia?

Pero cuando llega el día en que se cierran ojos queridos, en que enmudecen labios que nos deleitaban y que nos instruían, en que se cierran caritativas manos que daban, corazones maternales que sufrían por nosotros, ah! entonces, heridos, espantados, azorados, como si despertáramos a la violenta impresión de macábrica pesadilla, abriendo los brazos buscamos auxilio, juntando las manos imploramos, rogamos, pedimos por lo menos prolongar algunos instantes la agonía, las tormentosas luchas del moribundo, que ajeno a todo y a solas con su conciencia busca entre las sombras que le van cercando un rayo de luz que le guíe. Sólo en esos instantes proclamamos el valor de la ilusión, nos convencemos de que perduran las proyecciones externas de la vida, aún más de lo imaginable, como rayos luminosos de astros lejanos que ha tiempo desaparecieron. La sombra tiene y guarda más altos valores que la claridad; las huellas toman el significado de un símbolo: y la palpitación de los átomos en cada objeto que usaron el rumor de las palabras que dijeron, los mandatos que expresaron recordándonos están la perpetuidad de la vida bajo una nueva forma creada por el recuerdo y la fantasía. Estos son prodigiosos magos que burlan la abasalladora y brutal imposición circunscrita del determinismo y la exigencia apremiante de la materia que tiene vehemencia en transformarse. Y es que el hombre como dice Taine consta de dos partes: la una que recibimos

del mundo, la otra que nosotros damos a él; la una adquirida y la otra innata; la una que nos viene por las circunstancias y la otra que nos dá la naturaleza; la una variable y fugaz como el tiempo y la otra como la materia eterna.

En esta virtud salvamos nuestro anhelo de perpetuidad, proclamamos el triunfo del ser y circundamos con una aureola de eternidad, todo lo que nos es querido, consagrando para la posteridad lo que nuestro afecto divinizó en su transitoria senda. Bendito recuerdo, inestable y fugitivo, que nos permites ser gratos, justos, cumplidos en el honor y caballeros con el deber.

EL HOMBRE

La repentina desaparición del Dr. Ezequiel Cevallos Z. cuya vida fue como los caudalosos rios de nuestras selvas, los cuales detienen su curso en dilatados remansos para cuajar arenas de oro; la repentina desaparición del hombre que fue bondad bajo la apariencia de hosca y negra misantropía, de formas externas que guardaban ese aire de frialdad que alejan de antemano toda confianza, que impiden toda comunicación, que revelan la flema adquirida, el dominio de sí, la voluntad y la costumbre de no querer dar motivo de alabanza o vituperio, que de igual manera decía cosas serias como relataba anécdotas burlescos; la desaparición del maestro, del sabio facultativo nos obliga por gratitud a romper el silencio que quiere circundar su tumba, a encender los cirios que deben velar sus restos, a recoger sus últimas enseñanzas y guardar sus palabras de convencido cual legado para entregarlas a la juventud que avanza por la senda recorrida por él, como patrimonio con el que pudieran aventurarse a merced de las ondas de la vida en busca de más risueños climas, de más gratas certidumbres, de más enérgicos querereres y más íntimos pesares.

Nacido por el año de 1860 o 1861, fue parlero arroyo que descende de la cumbre cantando alegrías y pronosticando triunfos: risueña infancia iluminada por el fulgor de miradas maternas y de amorosos cuidados, ajena a toda tristeza, distante de toda privación que pudiera menguar sus energías se abrió para la ciencia. Desde los primeros pasos que ensayó en la escuela reveló fácil inventiva, agudo ingenio y memoria prodigiosa: rápida comprensión e intenso afán por el estudio fueron

ya su característica. El colegio fue palestra donde hiciera gala del despertar de su cálido y vibrante verbo, de reflexivo y profundo significado, de tan propio y natural modo de ser al dar realidad externa a su pensamiento, que ya mereció los primeros puestos de honor. Caudal de aguas puras que reflejan admirablemente el medio creado por D. Gabriel García Moreno, que repite el himno de la ciencia y las fórmulas de la filosofía escolástica, que comprende el progreso y ama la tradición, que bajo la pauta del Ratio Studiorum avanza hacia los últimos descubrimientos de la ciencia. Tiempo de gestación es para el maestro, los años de 1870 a 1881, que pasa en el Colegio y la Universidad, recibiendo la cultura clásica y los fundamentos de la ciencia moderna.

El entusiasmo y reflexión de la juventud se tercian con el claro raciocinio previo a la elección de su carrera. ¿Cuál será el derrotero de sus futuros días? Amplio campo científico, grandes facilidades materiales, creación de cátedras nuevas, capacidad clara y talvez única para conseguir lo que se propusiera, ¿qué le atraería?

Su temprana afición de las ciencias naturales por la exactitud científica que calma el anhelo de hallar la verdad; su admiración por los prodigiosos resultados de la experimentación, criterio muy seguro de certeza; su anhelo de servir a todos, de colaborar silenciosamente en el mejoramiento social; la transformación verificada en la Facultad de Medicina con la presencia de los sabios Dressel y Brugler en las cátedras de Química y Física respectivamente y por fin un gran acontecimiento político—social, la muerte de García Moreno fueron motivos que le inclinaron a matricutarse en primer año de Medicina en 1875.

El fervor y entusiasmo por el estudio, por aprovechar lo más posible, hicieron de él uno de los más distinguidos cursantes. Su memoria guardó detalles pintorescos de esta época en que perdura un tradicionalismo brutal y desconsolador en contra del alumno, en que el maestro siendo capataz se empeñaba en apocar y menguar al discípulo antes que en ayudarle o favorecerle. A cambio de estas mezquindades del terruño, la conducta del Padre Dressel, para quien siempre tendrá frases de elogio, como pago a una deuda voluntaria de gratitud, será un claro consolador en medio de tantas obscuridades. Su alma cual flor de maravilloso perfume da

las primicias de su tesoro y raro talento, en el estudio de la fisiología y patología.

Mas la desgracia le acechaba, tratando de truncar su carrera mediante una opresión económica. Derrepente de la holgura pasó a la estrechez de la facilidad económica a la imposibilidad de comprar los textos. El año 1879 le era muy ingrato para sus recuerdos, y las peripecias y percances subsiguientes, si bien los relatava alguna vez con donaire, no por eso dejaban de sedimentar en su alma amargada por tantas desdichas, nuevos motivos de tortura. El florón de sus ilusiones iba a desvanecerse. El infortunio que se deleita en emponsoñar el alma y lacerar el corazón no anduvo perezoso en robarle sus más frescas esperanzas y sus más gratos ensueños. Fue una época de lucha, y la hora decisiva del triunfo o del fracaso se iba postergando bajo el influjo de la voluntad. Entonces probó con elocuente ejemplo que se puede vencer por la porfía y resignación en sufrir, por la paciencia en sobrellevar reveses de fortuna, por la confianza en el talento y buena voluntad para hacer bienes. Horas cruentas, mitigadas por la generosidad de sus compañeros quienes le prestaban los libros o le acompañaban para estudiar juntos, a cambio de aprovechar sus acertadas indicaciones, sus filosóficas y brillantes ironías. Al fin parecía que triunfaba la fatalidad: terminados sus estudios en el 81 se extingue la tenue claridad que le fortalecía. Horas de tinieblas son las que suenan en el reloj de 1882 y parte del 83, en el que el brillo de las bayonetas y el toque del clarín le lleva como ayudante de la ambulancia a la campaña de junio. Aquí se entrelaza la odisea de su vida como facultativo, con la corriente natural del ser humano, inteligente y voluntarioso. En 1886 se incorpora a la Facultad y volviendo su vista por todas partes columbra su porvenir y se apresta a la lucha por la verdad y la salud.

Como ciudadano jamás se apartó de las máximas de Juan Montalvo, cuyas obras fueron sus lecturas favoritas, distinguiéndose *El Cosmopolita*, si bien el doctor conservaba para García Moreno admiración por lo bueno que habia hecho. En la política, liberal integro por sus ideas. Jamás quizo tomar parte activa porque la vision sucesiva de nuestra historia le probó que nada mancha ni envilece tanto.

Quien ha tenido ocasión de tratar largo tiempo a este hombre ha apreciado en su verdadero valor el cambio intelectual y moral, producido lentamente bajo el influjo del estudio y las múltiples circunstancias, a veces tan baladies, que constituyen la vida. De sentimiento delicado, de alma sensitiva, guardó, para los suyos, ternuras de corazón y grandes liberalidades de dinero. Para su madre conservó el sagrado culto de una religión primitiva, guardando como amuletos todas las prendas que de ella quedaban, inclusive un crucifijo del que hace mención especial en el testamento. Esa alma leal y sincera, tan extremada en el querer como ciega en la pasión dió un sello especial a su vida.

Si el afecto, los sentimientos constituyen el *substractum* de la vida orgánica, ¿qué resonancias no producirían en este organismo bien equilibrado los primeros golpes del desengaño? El, que amó la paz, se vió envuelto en una tromba de tempestades; él, que buscaba el sosiego cayó en medio de una convulsión terrible semejante a la del mal sagrado; él, que había saboreado lo deleitoso de la medianía cantada por Horacio, tuvo que columpiarse en las extremosidades más extrañas; él, que creyó hallar la felicidad, se vió de pronto ante el cráneo del bufon Yorik quien le recordaba la inconstancia y yeleidad humanas. Quien lea su última voluntad, autorizada con fe pública, comprenderá la psicología íntima de esta existencia tormentosa: apreciará en medio de un tranquilo lago, la negra corriente de un río que pasa casi sin mezclar sus aguas. Esa confesión pública, a lo Juan J. Rousseau conmueve hondamente, y prueba la rara grandeza de esa alma, en nuestros tiempos de falacia y asquerosas apariencias. Y ese cuadro marcado por una antítesis entre la perfidia de una mujer y el recuerdo de su *veneranda madre*, tiene el claro oscuro de un Juicio final.

En medio de tanto dolor, su rendimiento a la verdad, su entereza ante los convencionalismos sociales, protestando contra los reclamos del tradicionalismo, marcan enérgicamente el convencimiento que moldeaba su vida y evitan toda duda ante claudicaciones más o menos aparentes. Su última conferencia dada en el lecho de muerte es canto que prelude un porvenir no lejano en que la razón y el convencimiento y entereza de la voluntad resistirán a pragmatismos filosóficos y científicos, permitiendo laborar santamente en el bien por el

bien, con una moral ajena a la obligación y a la sanción, haciendo de la vida una sinceridad, una obra de arte y cuyas injusticias y yerros se cobrarán y con creces en el transcurso del tiempo por envilecimientos o justos abandonos.

EL PROFESIONAL

Como hemos dicho, concluidos sus estudios en el 81 luchó abiertamente contra la suerte que quiso interceptarle el paso. Sus aptitudes y contracción unidos al fervor patrio le enrolaron en la campaña del 83, partiendo en la Compañía de Honor de Landázuri a Guayaquil, con el grado de Capitán y el cargo de Ayudante de la Ambulancia. Restablecida la paz de la República vuelve a Quito y se apresura a dar el grado de Licenciado en julio del 84, siendo aprobado con brillante calificación, la de cinco primeras. El 86 se incorpora a la Facultad. En el 87 vuelve a recorrer las provincias del Guayas y Manabí, como Cirujano del Batallón N° 4. Su vida toma ese aire de aventura y de prestigio de cuartel: el encanto efímero de lo imprevisto, el abandono completo a merced de las circunstancias le ilusionan para vivir ignorando la labor del día siguiente sin guardarse de las tristezas y amarguras del mañana; así forma su existencia un dejo con que la voluntad se afianza y el ensueño se ilumina con claridades que dan una rara sensación de melancolía.

Durante los años de 1891 y 92 desempeña el cargo de Médico de la hacienda "Tenguel". Su práctica médica se desenvuelve en el campo de las enfermedades tropicales y la teoría, toma nuevos puntos de vista silenciados en los libros que dan margen a tantas inseguridades de diagnóstico, las que no se vencen sino a fuerza de ver mucho, de *tratar* mucho. Por motivos de salud vuelve a la sierra con un caudal de experiencia que le servirá más tarde, experiencia completamente nueva y adquirida por su esfuerzo personal. Desde entonces su afición a la Cirugía predomina sobre la Medicina, y muestra las prerrogativas de su habilidad, de su técnica, de su responsabilidad profesional, desde el 95 que establece su Clínica en las salas de San José y San Juan de Dios del Hospital Civil de esta ciudad. Verdad que el medio ambiente, las dificultades nacidas del lento desenvolvimiento de instituciones de caridad y beneficen-

cia pública no le permitieron dar una forma amplia y moderna; pero no por eso se ha de desconocer sus triunfos, testificados ya públicamente por el diploma y medalla de plata que le adjudicó el Jurado respectivo en la Exposición de Guayaquil.

Sería necesario detenernos para mostrar el estado del Hospital, en ese tiempo; lo que formaba la sala de operaciones, las condiciones del enfermo y el tratamiento pos-operatorio. El instrumental de que se disponía y las teorías reinantes sobre Cirugía, dan ya una idea de lo que se pensaba entonces; pero para poder apreciar en su justo valor todos los triunfos alcanzados por el Dr. Cevallos, cuyo renombre conquistado en justa lid contra todos los inconvenientes del medio que le rodeaba, sería necesario hacer la historia de la Cirugía. Mas, no creemos, ya por la dificultad cuanto porque no es de este lugar. Durante los años del 96, 98, 99, prestó sus servicios al ejército con acierto y a satisfacción de todos. Como es una ley la del progreso, la Cirugía empezó a tomar distintos derroteros y mejores formas, más delicados procedimientos y escrupulosos cuidados: se transformaron o mejor se crearon salas operatorias y un soplo de extranjerismo despertó los cerebros dando nuevas aspiraciones y descubriendo amplios horizontes.

El no haber dejado este enervante medio debemos considerar como una de las causas próximas por las que no pudo desplegar sus energías é indicar nuevos derroteros, mas, ya lo dijimos: su mérito está en los triunfos alcanzados a pesar del medio y su relegación al miserable y oscuro hospital de Quito.

La edad y amarguras de su vida privada impidiéronle marchar al exterior en la pasada administración del General Plaza. Jamás debemos pensar que es tarde para adquirir por la contemplación de lo perfecto nuevos procedimientos o facilidades para una práctica que se debe ejercer personalmente.

Desde 1907, una nueva escuela, podemos decir que se ha iniciado. Ojalá el progreso nos envuelva con sus alas para empujarnos valientemente hacia el porvenir.

A esta página de servicios públicos, cuánto no tendríamos que añadir si quisiésemos recordar todo su desinterés y predilección por asistir a la gente desvalida? ¿Qué de elogios no tendríamos que arrancarsi expusiéramos el alto concepto moral que tenía de su profesión?

qué contraste no resultaría entre su mal retribuido honorario y afanoso empeño, con el mercantilismo aparente de los últimos progresos alcanzados? ¿Es acaso el anuncio y el medicamento nuevo, o el diagnóstico y serio tratamiento los que restablecen la salud? ¿Son las especialidades farmacéuticas, que se adquieren a cambio del dólar, las que triunfarán del examen clínico y de la posología experimental? El tiempo lo dirá: expresión del medio contemporáneo, las innovaciones que se condensa en tantas fórmulas y en tantos específicos que después de un día de gloria caen en el olvido. Por sobre toda reforma quedan los muchos experimentales dominando siempre la clínica como arrecifes que marcan el verdadero rumbo en medio de tantos pareceres encontrados. Su última despreocupación profesional no prueba falta de energía para luchar contra el medio o vencer las dificultades técnicas, tanpoco desconfianza en el propio valer; no: fue un conocimiento claro del medio en que actuaba, una convicción profunda de que es necesario sustituir cierto aparato a la simplicidad de los antiguos procedimientos.

EL MAESTRO

La verdadera faceta brillante de esta vida hoy ya opacada por la muerte, fue el desempeño como Profesor de Fisiología en la Universidad Central, desde el año 1895. Esta cátedra quedará consagrada al recuerdo de todos los profesionales, de la juventud que ha oído sus lecciones, no tanto por la novedad de la doctrina cuanto por la propaganda convencida que hizo de la misma; no por el enunciado de las modernas conquistas, cuanto por la exposición clara y profunda. Como maestro sabía muy bien que, "es necesario presentar en pocas palabras los grandes fines de la Ciencia y de cada una de las ciencias particulares, señalando sus resultados con algunos ejemplos palpables". Enseñar a generalizar, a filosofar con esa filosofía ingenua y humida de los niños; a exponer sin fárrago, en estilo común y a veces vulgar, un pequeño número de hechos que impresionen la imaginación y despierten la inteligencia con noble y santa curiosidad, es verdaderamente ser maestro. Y así lo comprendió él. Su palabra siempre candorosa y noble, fácil y sincera no enseñaba gran número de cosas. Aguzaba la curiosidad exitándola con hechos atrayentes; se deleitaba en despertar

los espíritus juveniles, sin sobrecargarles de datos, con perspectivas luminosas, proyecciones ideales de la ambición de la ciencia moderna; procuraba que diesen una chispa al *sentir y comprender* la moderna concepción de las cosas ante el tradicionalismo que les dominaba por el medio en que crecieron, siendo pues la reacción un incendio en que ardiera el entusiasmo de la verdad.

El método seguido fue verdaderamente un método artificial calcado sobre el de las ciencias físicas; método que ha dado prodigiosos resultados y ha conquistado verdades sorprendentes; método como ese de los problemas de falsa suposición que sentando números imaginarios se alcanza el número verdadero y exacto; método fecundísimo cuyo principal resultado ha sido colocar la vida en el centro de los demás fenómenos naturales. Al lado de este método existe hoy otro que pudiéramos llamarlo natural, en oposición al anterior, de exclusiva aplicación a la Biología y de prodigiosos resultados; método establecido a *forciori*, después de haber buscado a tientas y haber conseguido raros e imprevistos resultados. Este segundo método hace de la Biología una ciencia cerrada, como ocurre con todas las demás ciencias, para las cuales se ha descubierto un método propio. Método todavía poco conocido, y que es el resultado de trabajos de laboratorio muy recientes. De estos dos métodos el primero fue seguido en todo su rigor en cuanto se aplicaba a los fenómenos vitales; mas no por eso dejaba de comprender que el positivismo llegado hasta la filosofía o sea el positivismo filosófico es cruel y desgarrador en la severidad con que prohíbe las ciencias que pudiéramos llamarlas inútiles y que son las más amables. Vivir sin ellas ¿sería vivir? Condenar la deleitosa locura de explorar las profundidades del cielo sería una cruel condena al capricho de embriagarnos con vanas apariencias y fingidos fenómenos. Amaba esas lecturas y se deleitaba en los grandes ensueños científicos, siguiendo a Flammarión, a través de sus obras, con la reverente actitud de contemplación o éxtasis glorioso que exige el gran ensueño de la mecánica universal.

Siendo la Fisiología una ciencia experimental no halló un laboratorio en donde albergarse y poder seguir en los últimos tiempos el método de que hemos hablado anteriormente. Pero como además es una ciencia positiva que va dejando un gran número de he-

chos precisos, claros, comprobados,—los que forman el depósito que servirá a la generación venidera para sus futuras investigaciones,—él los entregaba a la memoria de sus alumnos, con toda la nitidez que se requiere estas magníficas conquistas de la ciencia fisiológica. Además, como es también una ciencia educativa del espíritu por la rigurosidad del método que disciplina el criterio hasta en los más mínimos detalles, él quizo pues sembrar en este campo desbrozado apenas la simiente que mas tarde tendría facilidades para mejores tendencias y mayor amplitud en su desenvolvimiento.

Fruto de sus doctrinas y de su método fue la resignación con que doró sus horas, en un ambiente de contentamiento relativo bajo un cielo oscurecido y la invasión de las amarguras que despiertan y azuzan la duda hasta llevarnos al borde de un profundo abismo semejante al Nirvana.

¿Cuál fue el punto inicial de sus doctrinas? Podremos de alguna manera sintetizarlas? Tratemos pues de buscarlas. El ha manifestado claramente por los libros de consulta que guarda su biblioteca y un discurso pronunciado en 1898, dos años después de haber empezado a dictar su asignatura, discurso pronunciado con motivo de los funerales celebrados por la Universidad Central a la memoria del Dr. Rafael Barahona, su antecesor, quien renunció por causas de salud.

“La Fisiología, dice, es tan vasta como la creación; interesante como la humanidad, misteriosa como la vida. Esta ciencia es el fundamento de la Psicología y talvez está destinada a desenmarañar el origen de la aparición del hombre sobre la tierra”. Y haciendo referencia al atraso de la época anterior al Dr. Barahona añade: “En aquel tiempo 1847, la naciente fisiología no poseía las adquisiciones que hoy la enriquecen y engalanan; estaba sembrada de errores; las verdades científicas eran anatematizadas; y las supercherías impuestas por el dogma prevalecían alimentadas por la ignorancia y acariciadas por las preocupaciones religiosas”. Y que mucho que de aquella época dijera esto, si hasta hace unos quince años más o menos los estudiantes de fisiología debían jurar no adherirse a ninguna doctrina opuesta a las enseñanzas de la santa madre iglesia?

Claudio Bernard fue uno de sus autores predilectos; en él aprendió a diseñar los problemas de Fisiología ge-

neral que con el tiempo completaría admirablemente, merced al estudio y a la paciente investigación de los resultados obtenidos en estos últimos años. Las teorías de la vida; el calor animal; las propiedades fisiológicas y las alteraciones patológicas de los líquidos del organismo; la unidad de los fenómenos vitales en todos los seres vivientes, animales y plantas, constituyen los capítulos principales a que su talento dió preferencia siempre. El estudio de los fermentos atrajo su atención en los últimos tiempos. Las brillantes conferencias sobre el determinismo y unidad de los fenómenos de la naturaleza serán tradicionales, ya por el fervor con que las exponía, ya por la originalidad de su lenguaje. Deseaba pues que sus clases fuesen una verdadera introducción a la medicina científica, a la medicina moderna, altamente experimental y por esto creemos que repetía todos los años ciertas explicaciones sobre Biología aplicadas a la Medicina.

Haciendo palpable el pensamiento de Claudio Bernard, el papel particular de la ciencia experimental, enseñábanos la ignorancia en que yacemos, tanto por el límite en que nuestros conocimientos se detienen, en el círculo del determinismo, cuanto por el vencimiento que alcanzamos mediante el paciente análisis. Otra de las obras predilectas fue "La Unidad de las Fuerzas" por el padre Sicchi, cuya teoría podría condensar en la fórmula siguiente: "Las fuerzas ni se pierden ni se crean"; de dónde se sigue que todas las formas de los fenómenos del universo, variadas al infinito no son sino transformaciones equivalentes de fuerzas, las unas en las otras: luz, calor, electricidad, movimiento, etc., todo es uno.

Junto al maestro se hallaban todos los autores modernos que se han dedicado a la ciencia de su especialidad, ya sea general, ya compara o especial, llegando a coronarse todo este parecer humano por las tendencias filosóficas de Félix Le Dantec, con la "Teoría Nueva de la vida" y "El determinismo biológico y la personalidad consciente".

En resumen, "admitido el método experimental como la investigación del determinismo de los fenómenos, desaparece el materialismo y el espiritualismo, la materia bruta y la materia viviente, quedando únicamente los fenómenos naturales cuyas condiciones es preciso determinar, es decir, conocer las circunstancias que jue-

gan con relación a estos fenómenos el papel de causa cercana. Todas las ciencias que hacen uso del método experimental deben llegar a ser antisistemáticas”.

Aceptado el punto de vista energético, la vida es un equivalente del organismo y el medio, o un resultado de grandes fuerzas y difícilmente apreciables que se van transformando, o que sirven de intermedio para nuevas manifestaciones de energía en raros y diversos modos. El maestro fue pues antisistemático aceptando el punto de vista energético.

Muy difícil sería hacer una exposición completa de toda su doctrina, ya por el corto tiempo de que disponemos, ya por lo delicado de la materia. Al entregar su obra inédita sobre Fisiología General, para que viera cuanto antes la luz pública,—uno de sus últimos ilusionarios empeños,—ha querido que su labor no fuese estéril, que perdurara su pensamiento, su actual modo de apreciar y avalorar las corrientes modernas de Biología y las grandes tendencias científico—filosóficas que nos llevan hacia una concepción nueva de la vida.

“El organismo animal no es en realidad sino una máquina viviente que funciona según las leyes de la físico—química y con ayuda de los procedimientos particulares que son especiales a los instrumentos vitales constituidos por la materia organizada; pero los seres vivientes tienen además por carácter esencial, el ser caducos y mortales. Ellos deben renovarse y sucederse, pues ellos no son sino los representantes pasajeros de la vida, que es eterna. El lazo que une el mundo inorgánico al ser viviente imponiéndole una condición de existencia es una de las leyes de Biología. La vida no es compatible sino en cierto medio.

Buscando con Claudio Bernard los elementos orgánicos donde se localizan las funciones y determinan las condiciones de actividad vital de sus elementos, probaba que la conservación del tejido está en la nutrición y reproducción de la célula. El estudio de esta parte de la Fisiología General es fundamental y tiene una trascendencia que no podemos alcanzarla. El maestro comprendió y a ella dedicó siempre la fuerza de su enseñanza, exponiendo con todas las manifestaciones vitales, desde la simple contracción muscular hasta la expresión de la inteligencia y la aparición de la idea creatriz orgánica, que tienen los seres vivientes condiciones físico—químicas de existencia bien determi-

nadas y cuyos fenómenos presiden los elementos histológicos. En la mano del fisiólogo está, decía, el variar, alterar, profunda y durablemente los organismos vivientes mediante la modificación de los elementos histológicos. A estos puntos de vista generales de Bionomía añadía los resultados de la Fisiología comparada para concluir en las grandes concepciones modernas de la filosofía—biológica. Y cuando llegaba al límite en que el experimento y el hecho deben ser sustituidos por la hipótesis y la teoría sus labios enmudecían y dejaba que un religioso silencio dominara las almas de sus discípulos para que entonces empezara la sorda germinación de tantos pensamientos y conceptos a que creía que podrían dar origen sus palabras.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN DE BARRIO

CÉSAR ALFONSO PASTOR.

ACUERDOS

de los Cuerpos de la Universidad Central
con motivo de la muerte del

Sr. Dr. Ezequiel Cevallos Z.

JUNTA ADMINISTRATIVA

Sesión de 20 de Agosto de 1914

Presididos por el Sr. Rector, Dr. Lino Cárdenas, concurrieron los Sres. Dr. Ordóñez, Dr. Pérez Borja, Paredes y el infrascrito Secretario.

No se leyó el acta anterior por no estar preparada.

El Sr. Rector manifestó el dolor y condolencia que había causado el fallecimiento del Dr. Ezequiel Cevallos Z., y que tenía por conveniente se dé cumplimiento a lo que disponía la ley en tales casos; esto es, que se hagan los gastos de funerales y entierro por cuenta de la Universidad, debiendo suscribirse un acuerdo de condolencia y previniendo que se cite a todos los profesores para que asistan al traslado del cadáver. Aprobado todo esto, se formuló el siguiente acuerdo:

“La Junta Administrativa de la Universidad Central, sabedora del sensible fallecimiento del Sr. Dr. Ezequiel Cevallos Z. notable profesor de la Facultad de Medicina;

ACUERDA:

Dejar constancia de la irreparable pérdida que es para la Universidad Central la desaparición del mencionado profesor;

Ordenar que los funerales se hagan por la Colecturía del Establecimiento;

Declarar de duelo, por tres días, a la Universidad Central;

Izar a media asta, por los mismos días, la bandera nacional en la puerta principal del plantel;

Depositar una corona en la tumba;

Manifestar a la Facultad de Medicina y a la familia del extinto su pesar por tan infausto suceso; publicarlo por la prensa; y colocar una lápida en nombre de la Universidad Central.

Dado en Quito, a 20 de Agosto de 1914.

El Rector,
Lino Cárdenas.



El Secretario,
Gabriel Moscoso.

Entonces el Sr. Colector indicó que sería bien mandar trabajar una buena corona para enviarla a nombre de la Junta, así como una lápida de mármol para el nicho en que reposen los restos y todo esto fue aprobado. Terminó la Junta.

El Rector,
Lino Cárdenas.

El Secretario,
Gabriel Moscoso.

FACULTAD DE MEDICINA

Sesión de 20 de Agosto de 1914

La presidió el Sr. Decano Dr. Mariano Peñaherrera y asistieron los Sres. Dr. Ordóñez, Dr. Ayora, Dr. Villamar, Dr. Angel Sáenz, Dr. Carlos D. Sáenz, Dr. Arteta, Dr. Salgado, Dr. Cousin, Dr. Fernando Cevallos y el infrascrito Secretario.

No se leyó el acta anterior y el Decano manifestó que era llegado el caso, de presentar una sentida condolencia de la Facultad por el infausto fallecimiento del Sr. Dr. Ezequiel Cevallos Z. acaecido hoy, debiendo formularse el correspondiente acuerdo, para publicarlo por la prensa y enviarlo a la familia del extinto. En efecto, unánimemente la Facultad formuló el siguiente, que fue aprobado:

“La Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad Central,

CONSIDERANDO:

Que la inesperada muerte del Sr. Dr. D. Ezequiel Cevallos Zambrano, Profesor de Fisiología, constituye una pérdida irreparable para la Universidad y especialmente para la expresada Facultad de Medicina;

DECRETA:

- 1º Hacer público su pesar por tan sensible fallecimiento y guardar duelo por tres días.
- 2º Asistir en corporación a los funerales del extinto.
- 3º Designar a uno de sus miembros para que, a nombre de la Facultad, pronuncie el elogio fúnebre en el acto de inhumación.
- 4º Depositar una corona en su tumba; y
- 5º Remitir este acuerdo a la familia y publicarlo por la prensa.

Agosto 20 de 1914.

El Decano,

Mariano Peñaherrera.

El Secretario,

Gabriel Moscoso.

De seguida la Facultad designó al Sr. Dr. Ordóñez para que pronuncie el elogio fúnebre en nombre de la Facultad en el acto de la inhumación y terminó la Junta.

El Decano,

Mariano Peñaherrera E.

El Secretario,

Gabriel Moscoso.

LA FACULTAD DE CIENCIAS

LA FACULTAD DE CIENCIAS, habida consideración del fallecimiento, ocurrido el 19 del pasado Agosto, del muy digno profesor de Fisiología, Dr. Ezequiel Cevallos Z.,

ACUERDA:

Enviar a la Facultad de Medicina una nota de condolencia por tan irreparable pérdida.

Quito, a 12 de Octubre de 1914.

El Decano,

(F.) C. Arturo Martínez.

El Secretario,

(F.) Gabriel Moscoso.

